

Retrato de un tiempo

Santos Sanz Villanueva

La espesa anormalidad impuesta por el franquismo en todos los órdenes de la vida obligó a comportamientos impensables en una sociedad libre. El propio estudio de aquel tiempo ha sido zona de sombras que todavía precisa esclarecimientos. Hay, en el terreno que a uno le queda más cerca, el de las letras, interesantes cuestiones a dilucidar. En relación indirecta con el libro que motiva este comentario, pienso en un curioso fenómeno, el de unos cuantos escritores que, a pesar de la dictadura, militaron en la izquierda y mantuvieron incluso un activismo en la clandestinidad. Algunos disimularon a la fuerza su identidad real para sobrevivir en el exilio interior adoptando nombres literarios que llegaron a sustituir al civil, casos del narrador Jorge Campos o del poeta Leopoldo de Luis. Otros tuvieron presencia literaria pública con su nombre propio y hasta lograron con éste premios señalados. Por ejemplo, José Suárez Carreño, que no abdicó de su ideario progresista y escribió teatro, poesía y novela hasta su radical silencio mediados los cincuenta. ¿Cómo deben leerse sus dos novelas más o menos documentales, *Las últimas horas* y *Proceso personal*, teniendo en cuenta ese perfil del autor: no será su aparente costumbrismo una forma de disimulo de una intención crítica más intensa?

Si poco se sabe de Suárez Carreño y de su trayectoria, mucho más misterioso resulta Luis Landínez. También poeta, Landínez publicó uno de los más terribles dramas rurales imaginables, *Los hijos de Máximo Judas*, al mismo tiempo que obedecía en Madrid

Esteve Riambau: *Ricardo Muñoz Suay. Una vida en sombras*, Barcelona, Tusquets, 2007.

las órdenes del Partido Comunista, e incluso, según testimonios de toda confianza, alardeaba de esa militancia en el Café Gijón. ¿Se contentó con hacer una desafortunada estampa tremendista? Y algo así como un enigma bien curioso rodea a otro novelista de la órbita comunista, Juan José Mira, firma utilizada por Juan José Moreno Sánchez, quien inauguró en 1952 un premio bien poco proclive a veleidades revolucionarias, el Planeta, con *En la noche no hay caminos*, mientras trabajaba por esa causa en Barcelona. Traigo a colación estos datos para señalar que todavía persisten lagunas por explorar y por lo que de ellas se deriva: cuando se disponga de noticias al respecto se podrá valorar el alcance intencional de las obras que hicieron estos autores de compromiso cierto personal; quizás sus libros camuflan una escritura de voluntad secreta o disimulada.

Poco a poco, sin embargo, los agujeros negros que no pudieron afrontarse con entera libertad durante la dictadura se van esclareciendo, tanto en lo referido a los hechos como a sus protagonistas. Ha habido, por ejemplo, aportaciones de gran valor en el territorio durante mucho tiempo opaco de la censura y es oportuno recordar aquí una gruesa investigación académica reciente que ha acogido Amancio Labandeira en las colecciones que dirige en la Fundación Universitaria Española. Se trata del estudio de Berta Muñoz *El teatro crítico español durante el franquismo visto por sus censores* (2005) continuado con otros dos gruesos volúmenes de *Expedientes de la censura teatral franquista* (2006). El interés del trabajo de Berta Muñoz excede con mucho lo que anuncia su título y lo destaco por la mínima recepción, tan injusta, que ha tenido. La interpretación de la autora es ya una referencia inexcusable para este asunto y aporta una enorme cantidad de documentos por sí mismos elocuentes.

Al conocimiento de los protagonistas de ese pasado, en este caso de alguien con dilatada influencia que llega casi a nuestros días, ha hecho una aportación muy relevante Esteve Riambau con Ricardo Muñoz Suay. Una vida en sombras, que ganó el Premio Comillas de biografía en su última convocatoria. Tampoco ha obtenido la atención que merece este trabajo cuyo mérito sobrepasa el de trazar la semblanza detallada de una destacada figura de la resistencia cultural en un buen trecho del franquismo. Quizás

el que el personaje abordado, el valenciano Ricardo Muñoz Suay (1917-1997), sea apenas conocido fuera del círculo restringido de su actividad profesional, el cine, ha limitado eleco de este destacado libro.

Esteve Riambau, historiador del cine con una nutrida bibliografía de estudios y ensayos en su haber, traza la trayectoria entera de Muñoz Suay y sigue paso a paso su vida desde la infancia y el medio familiar hasta los últimos días, al frente de organismos oficiales de la Comunidad Valenciana en los que volcó sus conocimientos especializados y su pasión por preservar la memoria documental del séptimo arte. En medio se van encadenando los pasajes de una existencia siempre agitada, con frecuencia polémica y en todo momento influyente en el mundillo cultural español. Así se suceden con minucioso detallismo el activismo estudiantil en la FUE, el trabajo político cultural en la izquierda durante la guerra, los penares de postguerra, primero como «hombre oculto» hasta su detención y breve encarcelamiento, y la difícil supervivencia posterior. Una parte muy amplia de la biografía se demora en los años cincuenta y está consagrada al papel de Muñoz Suay en la compleja historia de Uninci, la productora cinematográfica que funcionaba al dictado del Partido Comunista de España. Otras casi doscientas páginas recorren la marcha del protagonista de Uninci, su ruptura con el PCE, sus diferentes labores relacionadas con la industria cinematográfica (en la producción, el rodaje o los guiones de un amplio número de películas, detalladas en un útil apéndice), su articulismo, también relacionado sobre todo con el cine, y su postrera actividad de gestión político cultural, establecido el domicilio en la Valencia natal.

Pocas objeciones, ninguna de importancia fundamental, caben hacerle al trabajo de Esteve Riambau. El autor maneja una bibliografía amplísima y la completa con fuentes informativas inéditas, en particular con las noticias procedentes de entrevistas mantenidas con familiares del biografiado (la esposa, Nieves Arrazola, o el sobrino, el destacado novelista Vicente Muñoz Puelles), con gentes que tuvieron un buen espacio en la aventura vital del personaje (García Berlanga) o que añaden opiniones fundadas, desde el novelista Marsé, los cineastas Azcona o Martín Patino y el pintor Ricardo Zamorano, hasta políticos (Carrillo, y el inevitable,